

MIGUEL A. QUINTANA

Originario de Puebla en donde nació el 2 de agosto de 1877. Murió en la ciudad de México el 19 de agosto de 1921.

Escritor, economista, catedrático. Actuó en los medios industriales, en la banca y en empresas descentralizadas. La mayor parte de su producción está orientada en el sentido de la economía y ha sido, junto con Don Luis Chávez Orozco, quien con más acierto ha cultivado la historia económica.

Muestra de su vasta producción es la siguiente: *El problema de la tierra* (1929); *Los ensayos monetarios* (1931); *Economía Social* (1937); *Papel histórico de Puebla en el progreso industrial de la Nueva España* (1946); *Esteban de Antuñano, fundador de la industria textil en Puebla*, 2 v (1957) y otros trabajos más, publicados algunos en revistas especializadas, entre otras el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*.

Su biblioteca, rica en libros de economía y sociología, fue cedida por su hijo José Miguel Quintana a la Biblioteca Lerdo de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Un artículo que reseña su actividad y enlista su vasta producción apareció en el *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* No. 83, Suplemento, 2 diciembre 1956, p. 1-4, bajo el título: "Bibliografía de Don Miguel A. Quintana", *Economistas Mexicanos*.

Fuente: Miguel A. Quintana, *Los primeros 25 años de la historia económica de México. Esteban de Antuñano, fundador de la industria textil en Puebla*, 2 v. México, D. F., Publicaciones de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1957. I-11-24.

ESTEBAN DE ANTUÑANO

Esteban de Antuñano nació en Veracruz el día 26 de diciembre de 1792. Permaneció en ese puerto hasta la edad de diez años y salió para España con objeto de educarse al lado de su tío Miguel de Antuñano, pasando después a Inglaterra a terminar su educación. A la edad de veinte años regresó a Veracruz, en donde se dedicó al comercio, en sociedad con don Andrés Vallarino, y en el año de 1816 se estableció en la ciudad de Puebla, haciéndose cargo de los negocios de don Antonio Pasalagua, su primo, y de don Lorenzo Carrera. Contrajo matrimonio en Xalapa con la señora doña Bárbara Avalos

y Varela, nieta de acaudalado hacendado, de apellido Varela, que poseía una gran cantidad de haciendas en el Valle de Atlixco del Estado de Puebla.

Hijo de español rico, era, como ya se dijo antes, un criollo que recibió especial cultura, pues no era común en aquellos tiempos el que los jóvenes se educasen en Inglaterra, ya que el gobierno colonial veía con recelo toda clase de relaciones que no fuesen con la madre patria. Murió a la edad de 55 años, el 7 de marzo de 1847, y fue enterrado en la capilla del Rosario de la iglesia del Carmen de la ciudad de Puebla de los Angeles. Vivió varios años en la casa No. 1 de la primera calle de Mercaderes de la misma ciudad, casa histórica por sus muñecos de azulejos, que el constructor colocó en la fachada para burlarse del Ayuntamiento que no permitía la erección de una casa de tres pisos, y a quien le ganó un pleito que estableció con ese motivo. Antuñano poseía una casa de campo en la parte alta del Paseo de San Francisco, que aún es propiedad de la familia, en la plazuela que lleva su nombre.

Antuñano formó en el año de 1829 el Batallón del Comercio de Puebla, del que fue coronel honorario; y a él se refiere un artículo publicado en *La Ilustración Ibérica* —periódico madrileño— a propósito de haberle puesto el nombre de *Esteban de Antuñano* a un vapor de la Compañía Mexicana de Navegación. Es original el artículo por sus conceptos sobre la Conquista, ya que está redactado por un español y vale la pena de agregarlo, en parte, a esta biografía. Dice así:

“...La lóbrega noche de la fratricida pelea, parecía no tener crepúsculo matutino, pero el valiente coronel efectivo mejicano forjaba ya en su mente las ideas plausibles que debían oscurecer, como si pudiesen ser oscurecidos, después de haber brillado tan alto y con soberana fijeza, los varios hechos que realizó en el campo del honor. No fue el último en la guerra, ni quiso serlo tampoco en la paz. Anticipóse con exceso a los planes industriales de sus conciudadanos. Todo corazón y entusiasmo, quiso que México pudiese recoger el fruto de la semilla por él sembrada. No se equivocó por cierto el magnánimo y caritativo coronel Antuñano. Hoy, un número de fábricas pregonan con patriótico orgullo la obra capital del que fundó la que se llamó “La Constancia Mejicana”, y millares de obreros, antes de rendirse bajo el peso de las fatigas del día, no olvidan elevar una plegaria para el reposo eterno de aquella alma que goza inefables dichas en las etéreas regiones.

La Compañía Mejicana de Navegación, cumple como buena

dando su nombre a un esbelto paquebote, modelo de arquitectura, acabadas líneas, esbelto plantar y elegante aparejo, como lo fue en todo lo que se roza con el pundonoroso militar y el industrial inteligente, perseverante y jamás rendido a los golpes de la adversidad, el que a la par que modelo de mejicanos fue amante de nuestra patria, en la cual recibió su educación, que le inspiró, sin duda, el amor a lo bello, a lo grande, a lo sublime.

Para extinguirse en México el nombre del coronel Antuñaño, debería disiparse de una manera eterna la última espiral de humo que arrojaran las elevadas chimeneas, que cual centinela avanzado marcan el campo de la lucha industrial; y esto no podrá suceder nunca, porque México, dueño ya, con toda evidencia de una causa y no menos profundo conocimiento de verídica eficacia, de sus verdaderos destinos, avanza gigantesca-mente en la senda del adelanto, del progreso indefinido, de la absoluta prosperidad. Y todo ese conjunto armonioso, todo ese caudal de bienes inapreciables, toda esa suma de indiscutibles ventajas, supo atesorarlos aquella nación ejemplar, por haber pensado en época propicia que quedaba ya borrado el período de prueba, de desolación y lucha, para no fijarse más que en lo que convenía a la paz profunda y al desenvolvimiento de los veneros innumerables de riqueza que encierra aquel suelo sin rival y que por algo quiso el hado favorable que lo conociera Hernán Cortés, pues únicamente podía realizar cuanto nos admira un país que obligó a sus conquistadores a ultimar con verdadera pesadumbre, bajo el árbol de la Noche Triste, los extremos a que no tuvieron que acudir, ni por asomo siquiera, los demás capitanes que dirigieron su ruta al Nuevo Mundo. Digámoslo de una vez, por más que brote de labios españoles; México, sólo México podía ser elegido en los inescrutables designios del Eterno, para obligar al célebre Hernán Cortés a tener que sentir con melancolía profundísima que no en balde se atenta por ningún conquistador a la independencia de una raza ilustre, continuadora de la larga serie de las que se le adelantaron en mostrar al mundo todo que no es civilización lo que pretenden y quieren que sean numerosas legiones de hombres empedernidos que a duras penas pueden concebir remotamente la idea de patriótico orgullo que pueda germinar en el cerebro de jefe de nación, por más que se les considere salvajes y sean también los medios que pongan en práctica para reducirles a una obediencia que nos había de llevar con el tiempo a un perpetuo reconocimiento de respeto y

admiración, como en la actualidad nos sucede, y dicho sea esto sin menosprecio de nuestro orgullo nacional.”

No tenemos a la mano mayores datos sobre la vida social de Antuñano, ni hace falta hacerlos constar en esta biografía, pues la historia de su vida es la de su actuación en la industria y la gran influencia que tuvo sobre la orientación económica de México. Veremos por su dinámica actuación, que fue un hombre que verdaderamente se adelantó a la época en que vivió; que fue liberal y hasta precursor de los revolucionarios de la Reforma en todas sus ideas económicas y sociales, aunque políticamente no lo era, y que se distinguió como economista, disciplina poco conocida en México en aquellos tiempos. Su educación en Inglaterra, en momentos que en ese país se desenvolvía la gran industria, le hizo amar a ésta, y toda su vida la dedicó a establecerla en su Patria, porque juzgaba que únicamente así podría engrandecerla para que se pusiese a la altura de las naciones europeas más adelantadas. Economistas modernos han criticado la acción enérgica de Antuñano para dotar a México con la industria de hilados y tejidos de algodón, encareciéndole al pueblo la vida, puesto que las telas importadas resultaban más baratas que las nacionales que tenían una alta protección en las fronteras; pero en la actualidad las ideas de libre cambio, aunque son muy sugestivas, no pueden ponerse en práctica, y todas las naciones piensan, como pensaba Antuñano hace cien años, que conviene dotar a la patria con industrias que le proporcionen la mayor cantidad de los bienes más esenciales para la vida. Este fue el ideal por el cual Antuñano luchó durante toda su existencia, no sólo estableciendo sus fábricas, sino haciendo una intensa propaganda de sus ideas por medio de una multitud de folletos y de artículos periodísticos que escribió sobre asuntos económicos. En el curso de esta biografía veremos que hace cien años, cuando se comenzaba a organizar la economía de la flamante República Mexicana, una vez destruido el sistema colonial que sujetaba con mil trabas la explotación de los recursos naturales y la extensión de la industria y el comercio, se presentaron los mismos problemas de crédito, de proteccionismo y de libre cambio que hoy se estudian en todo el mundo, y que nosotros tenemos al frente para darles la mejor solución.

Antuñano, tipo representativo de los criollos mexicanos hijos de español, seguramente que no tenía ni las ideas políticas ni las económicas de éstos. En alguno de sus escritos se habla del reparto de la tierra y de asuntos agrarios a los cuales sólo

da importancia en las tierras tropicales, seguramente porque de ellas esperaba el abastecimiento de algodón para sus fábricas. No abundaba probablemente en las ideas de los caudillos representantes de los mestizos y de los indios: Morelos, Guerrero, Alvarez; pero era un verdadero revolucionario exponiendo ideas que en aquellas épocas se estimaban como muy atrevidas y proporcionaban grandes enemistades con el poderoso clero, con el gobierno y con la misma sociedad elevada a que él pertenecía. Para dar una idea de lo que pensaba sobre reformas sociales, que Lerdo y Juárez hicieron posibles diez años después, basta conocer uno de sus folletos que contiene una carta abierta a los Editores del *Monitor Republicano* y que titula: *Economía política en México advertencia insurrección industrial.*

Antuñano se ponía, con este plan, al nivel de los reformadores que legislaron diez años después, e indicaba reformas que se han podido hacer hasta el año de 1910. Pero decía en sus conclusiones que no sería factible el plan si antes no se creaba en México la riqueza por medio de la explotación de la industria, la agricultura tropical y el comercio, porque la disminución de los estudiantes de teología, de los conventos y del clero, daría por resultado que una gran cantidad de gente no tuviese una ocupación a qué dedicarse, y esto ocasionaría gran descontento.

Es seguro que la educación que Antuñano recibió en Inglaterra, le hizo ver los grandes defectos de una sociedad en la cual muy pocas gentes eran las que producían y muchos los que vivían pesando sobre este pequeño grupo. Vio claramente que la situación política quedaba perfectamente definida con el régimen republicano federal que podría sostenerse sin necesidad de ejércitos en el interior, pues bastaría, como debe bastar en una sociedad de alta cultura, con el servicio de policía, dejando al ejército en las fronteras, en donde él veía el único peligro. Pero advertía que, para conseguir esto, se necesitaba crear la riqueza que daría el bienestar a todo el pueblo, creyendo, aunque no lo explicara claramente, que no puede haber paz dentro de un país, ni entre naciones, si no existe la tranquilidad económica, cosa que se ha comprobado plenamente entre nosotros, pues las revoluciones no han sido más que un deseo de mejor acomodamiento de las clases oprimidas, primero por los conquistadores y después por el grupo escogido de extranjeros y de criollos de todas las nacionalidades que tu-

vieron la posesión de la tierra, y dominaron todas las actividades. Antuñano deseaba la inmigración de gente de trabajo, para evitar, decía, que nos subyuguen EN TODO; pero no deseaba, como veremos después, que se establecieran capitalistas que absorbieran las actividades del país. En esta lucha se dio a conocer como un verdadero patriota altamente nacionalista, contrariamente a muchos mexicanos que se ponen de parte del dominador extranjero tan sólo porque fueron educados en otro país.

Debemos fijar la atención en que, tratándose del problema agrario, fue de las mismas ideas de Bulnes, quien daba poca importancia al cultivo de los cereales y abogaba por la agricultura tropical, quizá con el objeto de que gran parte del pueblo pobre de los valles áridos de la Mesa Central se estableciese en terrenos en donde encontraría mayores facilidades para vivir mejor y capitalizar.

Finalmente, acometía el problema del proletariado profesional, atacando la tendencia heredada de los españoles de dedicar a los hijos a la carrera de abogado o a la de sacerdote en vez de dedicarlos a la producción, cuyos trabajos se veían despectivamente. Hasta después de 1910 hemos logrado que nuestra juventud comience a tomar en cuenta las carreras técnicas y comprenda que es necesario que los mexicanos entren al manejo de la producción, que ha estado en manos de técnicos extranjeros. Por esto pedía que se suspendiese la antigua educación por veinte años, tiempo necesario para que una nueva generación pensara en forma distinta y abandonase las tradiciones. Cien años después hemos estado pensando en el mismo problema.

Antuñano era todo un carácter al que no le arredraban los obstáculos, por grandes que éstos fuesen. Para proveerse de maquinaria de hilados y tejidos se tropezaba con grandes dificultades en aquella época, a causa de que las fábricas no se daban abasto, pues los Estados Unidos estaban en un período febril de establecimiento de la industria algodonera. Palpando estas dificultades y convencido Antuñano de que la prosperidad de Inglaterra se debía a la explotación de sus minas de hierro, que le permitían fabricar toda clase de maquinaria, luchó para conseguir capitales que se destinaran a esta industria, estableciendo fundiciones y talleres que se pondrían bajo la dirección de maestros ingleses que él traería al país. Antuñano creía que México podría ponerse a la altura de Inglaterra, pues aseguraba en sus muchos escritos sobre el particular, que

México estaba en mucho mejores condiciones en cuanto a jornales y que únicamente le faltaba la dirección técnica y la experiencia que tenían otras naciones industriales. Su amor por la industrialización de México en la que fundaba todo el progreso y porvenir de su patria, le hizo concebir demasiadas ilusiones y sufrir grandes desengaños, pero de todas maneras realizó una gran obra.

En los momentos en que los gobiernos se sucedían rápidamente unos a los otros, sin que fuese posible establecer plan alguno que llevase a la República hacia un fin político y económico determinado, Antuñano, que tenía seguramente la visión del futuro que distingue al político y al economista, pensaba en planes de gobierno que era preciso seguir para lograr una acción de conjunto en la administración, tal como se piensa establecerlo ahora en México y como lo ha hecho Rusia en momentos en que se vio obligada a cambiar totalmente sus antiguos regímenes políticos y económicos en busca de un mejoramiento social básico.

Su interesante plan es el siguiente:

1o. La creación de las juntas directivas de la industria, porque ellas han de dirigir las operaciones de la industria agrícola y fabril, cosa indispensable en nuestros atrasos económicos.

2o. La colonización de las costas; para aumentar los consumos y la agricultura tropical, y sacar las ventajas con que la naturaleza y la localidad brindan.

3o. El aprecio y remuneración a los que con acierto y constancia se dediquen o aventajen en descubrimientos y fomento de la industria, para despertar por el más poderoso estímulo, que es el interés, el fecundo ingenio mexicano en favor de objetos productivos y nobles.

4o. La propagación de las plantas y animales exóticos, y de los no cultivados y procreados últimamente hasta aquí, para que crezcan los ramos del campo, y proporcionar baratas las primeras materias a la industria fabril.

5o. Los caminos y canales, porque sin ellos es imposible tener una económica y provechosa comunicación, y se harían inútiles los esfuerzos de las artes y de la agricultura y del comercio.

6o. La formación de una estadística de población, productos y consumos con un mapa geográfico, para conocer el origen de nuestras necesidades y recursos y aplicar remedios oportunos.

7o. La relajación absoluta de las leyes sobre el mutuo usurario; para poner en circulación productiva los grandes capitales depositados en monedas y alhajas, que hoy nada fructifican ni a sus dueños ni a la riqueza pública; y cortar con sus propios filos ese tráfico usurario, que ejercen unos pocos capitalistas, tan destructor del erario público y de todo individuo laborioso, cuando se halla obligado a ocurrir a préstamos y enagenaciones de créditos contra la hacienda pública.

“8o. La clausura de algunos puertos, cruceros marítimos y leyes muy severas, para aminorar el contrabando, que representa a la insondable fosa donde se sumergen los esfuerzos de nuestros artistas principiantes, y el tesoro y crédito nacional.

“9o. La reducción de los días festivos, para no perder tiempo en los asuntos de la industria honesta y productiva; aumentar los recursos de subsistencia, abaratar las manufacturas y mejorar las costumbres religiosas, civiles e industriales, precavido los vicios de nuestros trabajadores.

“10o. Conservar la moneda de cobre en la circulación con el tipo de que hoy goza, para que nuestra industria mecánica, contando con mayor cantidad de moneda sobre que cambiarse, con menos demérito que la industria extranjera, pueda alternar con ésta mientras aquélla sea incipiente e imperfecta y no económica; y bajo esta salvaguardia vaya progresando en términos de ir excluyendo aquélla de nuestros mercados en muchos renglones.

“11o. El dividir el cobro de los derechos marítimos para dificultar el contrabando, para beneficio directo del erario nacional, e indirecto de la industria.

“12o. Formar tratos de comercio en la España, para poder importar en la Isla de Cuba y demás antillas españolas los artículos de industria rural (principalmente las harinas) bajo derechos cortos. Tal vez convendría hacer los mismos tratados con las repúblicas independientes, situadas en el terreno que fue conocido por Costa Firme. Por estos medios nuestra agricultura cereal gozaría de un mercado más amplio para expender lo mucho que le sobra de sus productos.

“13o. El estancamiento del aguardiente u otra medida para disminuir el uso de este veneno paulatino pero efectivo, de que provienen las mayores desgracias a la gente artesana con grandísimo detrimento de toda la industria, no menos que de la moral religiosa, de la salud particular y de la paz y bienestar de las familias.

“14o. El establecimiento de fábricas de construcción de ins-

trumentos modernos y la explotación del fierro, porque esto debe considerarse el preliminar, la introducción, la base material de toda la industria. Hablaré con extensión sobre este párrafo en la segunda parte.

"15o. El que las fábricas de hilados y tejidos no puedan fijarse sino a 25 leguas de la costa para quitar la ocasión de contrabandear los hilos o telas extraños, amparados por las fábricas cercanas a los mares, y de lo que se seguirá gran detrimento a las demás fábricas nacionales y al erario público.

"16o. La persecución a la ociosidad en medida indispensable en un pueblo, que ubicado en un suelo por extremo fértil y que careciendo de ideas y de estímulos para usar en su beneficio la munificencia divina, acaba de salir de la tutela capciosa de una metrópoli, que consignaba la seguridad de su dominio sobre la holgazanería, que siempre produce la ignorancia, la pobreza y la degradación.

"17o. La prohibición absoluta de todas las manufacturas extrañas, que probadamente nosotros podemos construir de un modo fácil y barato, es la base de toda la reforma económica de México. La prohibición de dichos, es propiamente el arreglo del comercio extranjero; ella es el más eficaz estímulo, la única garantía que se puede presentar a los mexicanos para adelantar en las artes mecánicas, moviéndolos a empresas tan costosas como arriesgadas y desconocidas, siendo asimismo la mejor precaución que se puede oponer el escandaloso y muy ruinoso contrabando, que se hace por toda nuestra larga línea circumbalar, y del cual ha venido secundariamente el aniquilamiento de nuestra tierna y torpe industria, y el estado angustioso y bochornoso en que está el erario nacional y de todo junto, la revolución, la ignorancia y la pobreza que nos ha asistido y nos acompañará, en tanto que el pueblo no halle abundante ocupación útil y honesta, y que el gobierno sólo cuente para hacerse respetar, con los auxilios precarios que le ministran las mercancías forasteras, constantemente cercenadas por los contrabandos y por las repetidas negociaciones agióticas. La prohibición por último, es la base moral de la industria."

En ese plan se abarcan todos los problemas. Desde luego se indica la necesidad de que exista un centro director para la orientación de las industrias, medida netamente socialista; se habla de la necesidad de favorecer la agricultura tropical y de poblar las costas, gran descuido de la época colonial y de los gobiernos independientes que siguieron; se pide la construcción de caminos y canales para la circulación de los productos; la

estadística y la planificación del país para conocer las necesidades y recursos: la organización del crédito que estaba en manos de los usureros que explotaban al gobierno y a los particulares; la persecución del contrabando, que hoy se efectúa en otras formas; la conservación de la moneda de cobre, depreciada grandemente, como medio de protección a la producción; los tratados de comercio, la fabricación de máquinas y la protección a las industrias en forma de prohibición, única forma que evitaría el contrabando.

Los diecisiete puntos aparecieron en un extenso folleto impreso en Puebla el año de 1837 en la imprenta del Hospital de San Pedro, y su título era *Pensamientos para la Regeneración Industrial de México*. Antuñano gustaba de estos títulos sugestivos, semejantes a los que usaba Saint-Simon, a quien debió haber leído, pues abundaba en muchas de sus ideas.